

POR LOS CAMINOS DEL AYER

Luis Auñón Muelas

Hasta entonces, fui el ángel de la felicidad.
El mundo era tan grande
que yo cabalgaba libremente por su lomo.
Después, vino a visitarme la tristeza,
las cosas se torcieron
y tuve que andar a tortazos con la vida.
Se abrieron las flores del miedo en el edén.
El dolor se adhirió a mi sangre
para cabalgar libre por mis venas
y la nostalgia me puso como un nudo en la garganta.

Entonces, yo era un niño todavía
y no entendía el por qué de las cosas.
No entendía por qué vivir
era recibir azotes y ponerme de rodillas.
Todo me cogió como de sorpresa;
porque nadie me lo dijo.
Nadie me advirtió de todo el sin sentido
que lleva consigo la existencia.

Todavía sigue inexpugnable el castillo
defendido por los guerreros de mis comics.
Capitanes, gladiadores, héroes sumergidos
en los mares del tiempo y la memoria
resistiendo, furiosamente,
el ataque impetuoso de la historia.

Ni un ápice de aquello se ha perdido.
Siguen los mismos sueños dibujados en mis sienes.
Marcado a fuego, como tatuaje en la piel,
el graffiti del castigo en mis rodillas.

Todavía siguen ahí, en el mismo lugar que los dejara:
el caballito de cartón, el lápiz, los colores, el cabás,
la pluma y el tintero de cristal.

Y yo me oculto confuso entre las sombras,
aliviando el dolor y la tristeza,
allanando los caminos del olvido,
hasta el punto de que siento la certeza
de seguir siendo todavía el mismo niño.